

bernadores, jueces, cortesanos, soldados, pontífices, sacerdotes, eclesiásticos y seculares, judíos y gentiles, hombres y mujeres, de todos sin excepción. Incluso su misma Madre santísima aumentó de manera terrible sus aflicciones cuando la vio junto a la cruz y anegada en un mar de tristeza.

161. Además, nuestro amantísimo Salvador padeció en todos los miembros de su cuerpo: su cabeza fue coronada de espinas; sus cabellos y su barba, mesados; abofeteadas sus mejillas; su rostro, cubierto de salivas; su cuello y sus brazos, torturados con sogas; sus espaldas, cargadas y desolladas por el peso de la cruz; sus manos y sus pies, taladrados por los clavos; su costado y su corazón, atravesados por la lanza, y todo su cuerpo desgarrado por más de cinco mil azotes, de forma que se veían los huesos medio descarnados. Todos sus sentidos se vieron también sumergidos en este mar de dolor: sus ojos, al contemplar las mofas y las burlas de sus enemigos y las lágrimas de angustia de sus amigos; sus oídos, al oír las injurias, los falsos testimonios, las calumnias y las horribles blasfemias que aquellas bocas malditas vomitaban contra él; su olfato, al percibir lo nauseabundo de los salivazos lanzados contra su rostro; su gusto, al sentir aquella sed abrasadora que en son de burla pretendieron mitigar dándole a beber hiel y vinagre, y su tacto al experimentar el exceso de dolor que le causaron los azotes, las espinas y los clavos.

162. Su alma santísima vióse cruelmente atormentada por los pecados de todos los hombres, como por otros tantos ultrajes hechos a su Padre, a quien amaba infinitamente, y como la fuente de condenación de tantas almas que, a pesar de su muerte y de su pasión, se condenarían; y sentía compasión no sólo de todos los hombres en general, sino de cada uno en particular, pues conocía a cada uno distintamente.

Contribuyó también a aumentar sus dolores la duración de los mismos, que comenzó desde el momento de su concepción y continuó hasta su muerte, puesto que, por la luz infinita de su sabiduría, distinguía y tenía siempre presentes todos los males que había de soportar.

Añadamos a todos estos tormentos el que para El fue más cruel y pavoroso de todos, Su desamparo en la cruz, cuando exclamó: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27, 46)

3. Amor supremo de la Sabiduría en sus dolores

163. De cuanto antecede debemos inferir, con Santo Tomás y los Santos Padres, que el buen Jesús padeció más que todos los mártires juntos, los pasados y los que vendrán hasta el fin del mundo.

Si, pues, el menor de los dolores del Hijo de Dios es más estimable y debe movernos más que si todos los ángeles y los santos hubiesen sido muertos y aniquilados por nosotros, ¿cuál no ha de ser nuestro dolor, nuestro agradecimiento y amor para con él, pues padeció por nosotros cuanto es dable padecer, y con tales extremos de

amor, y sin estar obligado a ello! «Pudiendo escoger el gozo, sufrió la cruz» (Hb 12, 2); o sea, según el decir de los Santos Padres: Jesucristo, la Sabiduría eterna, habiendo podido permanecer en la gloria de su cielo, infinitamente alejado de nuestra indigencia, prefirió, por nuestro amor, bajar a la tierra, hacerse hombre y ser crucificado. Una vez hecho hombre, podía comunicar a su cuerpo la inmortalidad y felicidad que disfruta ahora; pero no lo quiso, para poder padecer.

164. Añade Ruperto que el Padre Eterno, en el momento de la encarnación, ofreció a su Hijo la posibilidad de salvar al mundo mediante los goces o los dolores, los honores o los desprecios, la riqueza o la pobreza, la vida o la muerte (Traduce el Santo lo que escribe A. Lápide en el comentario a la epístola a los Hebreos, c. 12, v. 2); de manera que si hubiera querido, hubiese podido redimir a los hombres y llevarlos al paraíso por medio de goces, delicias, placeres, honores y riquezas, glorioso y triunfante; pero El escogió contrariedades y cruz para dar a su Padre celestial más gloria, y a los hombres, mayor prueba de su inmenso amor.

165. Más aún: nos amó tanto, que, en vez de abreviar sus penas, deseaba una mayor duración y aumento de ellas; por lo cual, estando sobre la cruz colmado de oprobios y abismado en dolores, como si los que padecía no fueran bastantes, exclamó: «Tengo sed» (Jn 19, 28). ¿De qué tenía sed? -dice San Lorenzo Justianiano- (San Lorenzo Justiniano (De triumphali Christi agone, c. 19: «Opera omnia» (Lugduni 1628), p. 330. Citado por Saint Jure, 1, p. 191). «Del fuego de su amor le provenía la sed, de la fuente y de la abundancia de su caridad. Tenía sed de nosotros, de entregarse a nosotros y de padecer por nosotros».

4. Conclusión

166. Considerando todo lo dicho, hallaremos sobrados motivos para exclamar con San Francisco de Paula: «¡Oh caridad, oh Dios de caridad! ¡Cuán excesivo es el amor que nos habéis mostrado padeciendo y muriendo!» (San Francisco de Paula. Cita de Saint Jure, 1, p. 194) O con Santa Magdalena de Pazzis, abrazada a un crucifijo: «¡Oh amor! ¡Oh amor! ¡Cuán poco conocido eres!» (Santa Magdalena de Pazzis. Cita de Saint Jure, *Ibid.*) O con San Francisco de Asís, arrastrándose por el barro en medio de las calles: «¡Oh! ¡Jesús, mi amor crucificado, no es conocido! ¡Jesús, mi amor, no es amado!» (Algunos refieren este grito al olvido en que era tenido Jesucristo en el Santísimo Sacramento. (V. Russotti, San Francisco de Asís, versión castellana. Ediciones Pía Sociedad San Pablo, p. 93.) La Iglesia manda decir cada día con toda verdad estas palabras: «El mundo no conoció a Jesucristo, la Sabiduría encarnada» (Jn 1, 10); y, hablando razonablemente, conocer lo que Nuestro Señor ha padecido por nosotros y no amarle entrañablemente, como hace el mundo, es cosa moralmente imposible.

CAPÍTULO XIV

El triunfo de la Sabiduría eterna en la cruz y por la cruz